

Amanda Labarca Hubertson (1886-1975)

Artesana de la tolerancia

Sus afanes por elevar a la mujer a la condición de persona e infundir una educación humanizadora, le valieron un vasto reconocimiento, como ese del 28 de octubre de 1944, en el Teatro Municipal.

PABLO PORTALES

Las mujeres colonaban el Teatro Municipal. A las once de la mañana inauguraban el Primer Congreso Nacional de Mujeres. Eran 500 delegadas que venían desde los campamentos de Ilo de Osro, Chiquilman y María Elena hasta de los desfiladeros de Atlix.

Después de un almuerzo ofrecido por el alcalde de Santiago, en el Palacio Consueño, iniciaban los debates en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

Cuatro días asombraron por la vitalidad. Admiradas, decían: "No nos conocíamos: ignorábamos los progresos que habían hecho durante estos últimos años". Encomendadas a la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (Fochif), integrada por 200 organizaciones. Su presidenta, Amanda Labarca.

La nueva creatura nació robusta. Todas esculpiron la bandera del voto femenino. Ocho meses después, nueve senadores, desde conservadores a comunistas, presentaron al Senado un proyecto de ley que le reconocía a la mujer plenos derechos políticos.

Pero los prejuicios masculinos y los temores partidistas desmoronaron cuatro años en desdichado. El 8 de mayo de 1949 la mujer podía elegir y ser elegida parlamentaria y Presidenta de la República.

BIROTES DE INDEPENDENCIA

Era la mayor de seis hermanas. Su padre insistía en que debía obedecerle a sus hermanos varones. Pero no se sometía. Su precoz fisonomía rebelde se mostraba a la salida de clases.

Sus insubordinadas ganas de servir enojaban a su padre al escuchar los reclamos de su hijo que debía imperar para llevarla a casa. Rechazaba adaptarse a la



disciplina familiar que había diferenciado entre sus derechos y los de sus hermanos.

Su rebeldía creció cuando su padre rechazó a su pretendiente. Lo consideraba un holgazán. La crisis estalló con el matrimonio. En un acto de independencia con su pasado, Amanda Pinto Sepúlveda decidió asumir los apellidos de su esposo, Labarca Hubertson.

Le rondaba la idea de estudiar Medicina, pero prevaleció su gusto por la Literatura. A los quince años ingresó al Pedagógico de la Universidad de Chile. Se recibió de profesora de Castellano a los 19 y al siguiente se casó.

Sus cinco años en la Universidad de Colombia (Estados Unidos) y la Sorbona (Francia) le abrieron una perspectiva sorprendente. A su retorno, en 1905, creó los Centros de Lectura Femeninos. Su propósito: elevar la condición intelectual de la mujer.

Los canchales vieron en estas reuniones de mujeres una amenaza a las buenas costumbres, pues no tenían santo como patrono.

Amanda fue aislada de niño cuando en Impresiones de juventud no se horrorizó al examinar las teorías del amor libre del autor español Felipe Trigo.

Las furias se hicieron más intensas cuando un



A los quince años ingresó al Pedagógico de la Universidad de Chile.

artículo suyo fue publicado como prólogo, sin su consentimiento, a una obra de Trigo, cuyo título tenía la virtud de convertir a los octogenarios en seductores manoseados.

LOS INSTINTOS VITALES

En ese ambiente hostil, su gusto comunicativo estallaba. A sus ideas innovadoras se le unió la laboriosa tarea de organizar. Fue nexo entre pensamiento y la acción castrova.

Su postulación intelectual y que don de hacer partícipes se imponían en la actualidad. Su sombrerismo como directora del Liceo de Niñas N° 5 causó revuelo. Los conservadores se espantaron. El Presidente Juan Luis Sanfuentes mantuvo su designación. El partido católico asoció a su único ministro del gabinete y renunció.

Más tarde, en 1931, fue nombrada directora general de Educación Secundaria. Impulsó la creación del primer liceo mixto, tanto

en su profesorado como en su alumnado, en Chile: el Manuel de Salas.

El cura y los feligreses de Salas quedaron entupefactos. Un prólogo para la juventud. El general Brera, vecino al liceo, desde el balcón de su casa repataba con sus binoculares los movimientos de profesores y alumnos, que en primavera preferían la sombra del nogal a la sala de clases.

Un aislamiento rodeó el establecimiento. A su primer año, los apoderados no se atrevieron a acudir a su celebración. Pero, la vida se impuso. Diez años después, el puerco Adrián Molina, entusiasmado por la experiencia educativa, dio clases de religión.

Si ser tolerante chocaba con el envejecido espíritu dogmático, aún dominante. Creía en la facultad del hombre de amonestar el instinto del saber (la filosofía y la ciencia) con el instinto místico (la religión).

Comprendía que eran

dos cuerdas de un mismo instrumento. Cuando arremolinaban venían períodos de florecimiento humano. Si uno de ellos intentaba aniquilar al otro, sobrevinía un período de decadencia.

MULTIPLICADA EN EL TIEMPO

Su temperamento vivo y firme estimulaba la creatividad, al mismo tiempo que, sin ser autoritaria, sabía poner límites. Sus numerosas actividades no la abogaban. Le alcanzaba el tiempo para todo.

Todas las mañanas, en cama, ponía en orden las máquinas y escribía. Su contacto con la naturaleza era sagrado. Los domingos subía al San Cristóbal. Después, a mediodía, estaba en la Santa Lucía.

Su cuerpo no escapaba a su atención. El gusto por las frutas y verduras congeladas con su afición de hacer catástrofe, equitativa, tenía. Tampoco encontraba tiempo para jugar ping-pong con su marido, Guillermo, y su hijo, Yolanda.

Los lunes eran días de torturas en su hogar, a las cinco de la tarde. Había momentos para formar cuartos de bridge y otros para ir al cine o al teatro con su esposo. Su ocio lo buscaba con bofetadas.

La amistad con el profesorado la mantenía siempre. La demostraba en sus caritas que podía al organizar excursiones fuera de la ciudad.

Su apertura hacia esa diversidad que alimenta la vida animó a muchas a poner semillas de humanidad en la ruina, donde se cultivaba el futuro y en la sociedad, donde la mujer se imposibilitaba como persona.

LA NACION hace 50 años



28 de octubre de 1940

La explotación racional de los productos del mar no es un tema nuevo de preocupación para los chilenos. Ya en 1940, en su edición del lunes 28 de octubre, LA NACION informaba de la reunión sostenida por el director General de Pesca y Caza, Rodolfo Ravand Lalbé, con el ministro subrogante de Fomento, Rolando Morino Reyes. La conversación había girado en torno al peligro de extinción en que se encontraban las orcas, los choros y las

langostas. La idea era explotar racionalmente el mar y controlar la extracción de estos productos. Para ello, la Dirección General de Pesca y Caza había presentado un anteproyecto de ley que debía ser revisado por el Ministerio de Fomento.

A pesar de los problemas y tristezas que significaba para el mundo entero la Segunda Guerra Mundial, Chile debía apoderarse a la guerra la ampliación de su mercado de exportación. Según las

informaciones del 28 de octubre, los franceses e italianos no podían mandar vinos ni licor a Estados Unidos, por lo que ese país había comenzado a importar esos productos desde Chile.

El cine, en tanto, ofrecía el caballo del desierto, con Gary Cooper. "El otro varón por amor" (—) La diosa durmiente, con Alice Faye y Henry Fonda, y la película española titulada La Aventura del Solitario.

LA NACION, SEGUNDO CUERPO, DOMINGO 28 DE OCTUBRE DE 1990

Artesana de la tolerancia [artículo] Pablo Portales.

AUTORÍA

Portales, Pablo, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Artesana de la tolerancia [artículo] Pablo Portales. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile